POESÍA Y PROSA

No hace muchos años que una noche me hallaba sentado en el paraíso del teatro Real, oyendo ese amoroso idilio musical, que desde 1831 viene dando la vuelta al mundo, y que se llama *La Sonámbula*.

Acabado que fué el primer acto de la ópera, me recosté en la grada que tenía encima de mí, apoyada la cabeza en la palma de la mano y conmovido aún con el recuerdo de la música que acababa de oir; cuando he aquí que al lado mío, vi asomar por debajo de una falda de seda, un pie de mujer, calzado con una bota de tafilete negro.

Era un pié liliputiense, que golpeaba graciosamente la tabla sobre que se apoyaba, y tan pequeño, tan pequeño, que hubiera podido calzarse el zapatito de la Puerca Cenicienta.

Comprendo la afición hacia esos hermosos cabellos que embellecen á algunas mujeres, más que pudiera hacerlo una magnífica corona, porque ellos demuestran la fuerza de la organización y quizá la del sentimiento. Hallo muy natural que un hombre ame los ojos, espejos del alma; ó la frente, reflejo del pensamiento; ó la boca, que atesora tan dulces prendas de amor, y hasta las manos, que pueden dar tan tiernos apretones; pero delirar por los pies; cómo á mí me sucede, es manía que aun no he acertado á explicarme.

Porque, á la verdad, ¿qué puede decir un pie, que aunque oculto entre seda ó raso, al cabo está oculto? ¡Y sin embargo, á mí me dice tanto! Y como á mí, también debe decir á otros muchos; porque si no, ¿de qué proviene esa coquetería con que las mujeres se calzan; esa predilección con que cuidan sus pies? No creo que lo hagan solamente por agradarme á mí, aunque esto me halagaría sobremanera.

Pigmaleón no pudo animar á su estatua: las mujeres consiguen dar vida á sus pies; bien es verdad, que las mujeres son muy grandes artistas.

Ved sino esas tentaciones que se deslizan sobre el suelo, ocultas en una bota de raso ó en un zapato de tafilete ó de charol, asomando de vez en cuando, por entre los pliegues de un vestido, al atravesar una calle regada, ó al subir al estribo de un carruaje, y comprenderéis toda la verdad de mis palabras.

***

El pie á que me refiero, era una obra maestra. En la parte superior tenía una curvatura modelada con una suavidad admirable; mientras que en la inferior, formaba una especie de arco que, comenzando en un talón fino y descarnado, debía acabar sin duda en unos dedos blancos y de color de rosa. Benvenuto Cellini le presintió, tal vez, al grabar su *Leda*, porque sólo en esta maravillosa medalla he encontrado una cosa parecida.

Pasado el primer momento de admiración, desde el pie alcé los ojos al rostro de su dueña. Era pálido, pero con la palidez de la azucena, y esta cualidad, unida á la del pie incomparable, bastó para que yo quedase enamorado.

Ella debió comprenderlo así, al ver la emoción que expresaba mi semblante, y me lo agradeció del modo más halagüeño, porque su pie tomó todas las posturas imaginables: irguió su punta como un ave que levanta el pico al cielo, pronta á volar hacia él; la bajó hasta tocar la tabla de mi asiento, como una golondrina que suspendida en el aire se inclina para beber en un arroyo: se recostó graciosamente á uno y otro lado, como desafiándome á que hallasen mis ojos en sus costados la más ligera imperfección; finalmente, hizo tan provocativas muecas, que hasta parecióme que le oía decir: ¡bésame!

Entónces comenzó el segundo acto de la ópera.

***

Si desde el tumulto y fragor de una gran batalla, pasase de repente un hombre sibarita, á un oasis delicioso lleno de frescas enramadas, de aguas cristalinas y de canoras aves, experimentaría ciertamente una impresión voluptuosa y placentera, parecida á la que sentía yo, escuchando la música de *La Sonámbula*. Atronados aún mis oídos con el estrépito de ciertas modernas partituras, saboreaba con delicia aquellas armonías tan suaves, tan puras, tan delicadas. Al oir una ópera de Bellini, siempre me ha sucedido lo propio que al leer *Pablo y Virginia*, ese poema candoroso y sencillo que no tiene igual: me he hallado de súbito rodeado de sombra, de aromas, de árboles y de flores.

En la noche á que me refiero, esta sensación agradable y poética, fué mayor todavía, y se aumentó con yo no sé que elucubraciones, producidas quizás por la proximidad de aquella mujer.

Aquella noche me sentí poeta: recobré toda la fuerza de mi imaginación, gastada ó perdida hacía mucho tiempo, y como en los insomnios de mi juventud, caí en un éxtasis indefinible, en un vértigo delirante, en el que todo se confundía en mi derredor.

Sin perder una nota de la divina música que oía; contemplando al mismo tiempo el pálido y agraciado rostro de aquella mujer, á quien puedo decir que entonces amaba con toda la plenitud de mi alma; absorbiendo, digámoslo así, las miradas que de vez en cuando dejaba caer sobre mi corazón, acompañadas de una sonrisa; deliré un porvenir de amor y felicidad: me mecí en esos sueños de que, pasada la edad de la adolescencia, sólo nos queda un recuerdo.

***

Embellecido en estos encantadores pensamientos, de los que en más de una ocasión me hizo prescindir cierta expresión burlona que creí notar en una señora de cierta edad, acompañante de mi ídolo, transcurrió el resto de la representación — que yo hubiera querido que durase tanto como los dramas de la India, — y fué necesario abandonar aquellas gradas, para mí, verdadero paraíso.

Seguí la huella de aquel pie, que me pareció que dejaba una estela luminosa, *como la nave en el sereno mar*, y marché en pos de mis desconocidas, á cierta distancia, por yo no sé que calles; tan absorto estaba en mis amorosos deliquios.

La más joven de las dos, andaba con ese paso gracioso y juvenil, parecido al de una hada que apenas toca la tierra, y más de una vez su mano piadosa, levantando la falda del vestido, me permitió ver de nuevo su hechicero pie y el comienzo de una pierna fina y torneada.

Si ella me amase, pensaba yo, su amor templaría el fuego de mi imaginación que, á falta de pasto intelectual, se devora á sí misma, y apagando el ardor de mi sangre que me consume, encontraría el estímulo que necesito para conquistar el porvenir.

Al cabo de un rato, se detuvieron á la puerta de una casa; y cuando me adelanté para mendigar por vez postrera una mirada de mi ídolo, vi con gran asombro que la señora que la acompañaba, se dirigió hacia mí y me dijo...

¡Adiós, sueños de amor, esperanza de felicidad, pasión casta que por un momento reanimó mi corazón! ¡Huid, huid para siempre! Bellini os evocó con sus celestes melodías, y una mujer os desvaneció con estas prosaicas palabras:

—Ya sabe usted donde me he mudado. ¿Cuándo viene usted por casa á pagarme aquellos cuarenta duros que me debe?

¡Oh, prosa vil! Aquella mujer era una antigua patrona de huéspedes, olvidada en el caos de mis recuerdos.

E. DE LUSTONÓ

NOTAS DE ARTE. — ESTUDIOS FISONÓMICOS, por LUIS GRANER.

MI TIA RAMONA

Buen carácter tenía pera eso mi tía Ramona!

Sí; que le fueran á ella con sensiblerías de chiquillos y ¡estaba divertido el narrador!

A cada paso lo repetía, viniera ó no á cuento. — ¿Chiquillos yo? — decía; — antes me tirara por la ventana que soportar esa impertinencia con babas que otros creen don del cielo. Cuando Dios no me los ha dado, ya sabe lo que se ha hecho. El me perdone; pero... creo que los hubiera aborrecido horriblemente. Siempre se lo dije á mi Ginés (q. e. p. d.). « Es inútil que chilles ni te desesperes. No me convencerás nunca de la necesidad de un hijo. ¡Valiente felicidad tendríamos ahora, si estuvieran atronando la casa con sus gritos, tres ó cuatro arrapiezos que nos lo destrozaran todo y para los que nuestra fortuna sería un ochavo. No, pues lo que es á mí no me mareas. Si en esta casa llegara á ocurrir esa *desgracia*, yo te dejaba solo con el crío, y *tú que lo quieres llévalo á cuestas*.

El bueno de su esposo, mi pobre tío, murió sin haber logrado lo que tanto ambicionaba, y sin haber podido convencer á su cónyuge de que un matrimonio sin hijos es tan insípido como una comida sin sal. ¡Sí, sí! ¡Cualquiera convence á una mujer, si ésta se empeña en cerrar los oídos á toda reflexión!

Mi tía Ramona llegó pues á los cincuenta años sin haber sentido el más grande y avasallador de los afectos de la tierra; y lo que es más atroz aún, sin que nadie hubiera podido persuadirla de la horrible profanación que entrañaba su anómala repugnancia.

***

¡Vaya usted á ver, por qué serie de circunstancias se entró aquella mocosuela por las puertas de la casa de mi tía.

En el pueblo, todo el mundo sabía la historia, bastante sencilla por cierto, y yo la escuché cien veces, para satisfacer la admiración que me embargaba. En dos años que falté de aquel lugar ¡qué radical transformación en la casa de mi austera y egoistona tía!

He aquí la historia.

En una noche crudísima de invierno, á la hora en que todos dormían á pierna suelta, se oyeron golpes en la puerta principal, y una voz que, con acento desfallecido, pedía hospitalidad por Dios.

Mi tía que siempre tuvo un sueño ligerísimo, se despertó, prestando atención á aquella angustiada súplica; llamó á los criados, é inmediatamente que se abrió la puerta, una infeliz mujer, con el andrajoso ropaje hecho una sopa y cadavérico el semblante, se dejó caer en el umbral, sin conocimiento.

¡Noche de prueba aquella para mi tía! Tan regalona y amiga de no ser molestada como era, vióse precisada á correr por toda la casa, completamente aturdida, sin saber como socorrer á aquella desgraciada, cuyo estado delicadísimo requería rápido y pronto auxilio.

Ignorante en absoluto de cuanto en estos trances comunes, al par que terribles, se necesita, resolvió de plano, y mandó llamar al médico del pueblo, quien á las pocas horas certificó de la muerte de la infeliz mendiga, depositando en manos de mi escandalizada tía, una huerfanita de algunos minutos de edad.

Nadie pudo observarlo; pero yo me figuro la cara que pondría la hermana de mi padre, cuando se viera precisada á mecer y estrechar entre sus brazos, una de aquellas impertinencias con babas á las que tanto horror profesó siempre.

Pero aquí entra lo asombroso. Cuentan algunos criados, testigos de aquella terrible escena, que mientras mi tía se inclinaba curiosamente para ver, á la luz de una bujía, la cara de la recién nacida, ésta se volvió, en un movimiento de espasmo, cogió el errante dedo de la viuda, y por un instante lo retuvo con fuerza.

Mi tía puso una cara de asombro imposible de describir, y algo parecido al rubor asomó á sus enjutas y amarillentas mejillas. Permaneció en silencio, durante unos momentos, sin atreverse á respirar ni á variar de postura; y luego, ya fuese por el contacto de aquel algo vivo á quien alentó en su hora postrera aquel algo muerto, ó bien por una revolución de los sentimientos que hasta entonces desconociera, comenzó á estremecerla cierta idea. Recordó días de enfermedad y desconfianza; días de mortificante temor y frialdad espeluznante, en la vejez solitaria. Pensó en un sér que pudiera haber existido... ¡También ella pudo tener un hijo! y quizá Dios castigaría su aversión á ser madre!... Sintió escalofríos. Los brazos que se extendían indiferentes en torno de la diminuta huérfana, comenzaron á temblar y á estrecharse;... y por último, con un impulso profundo, potente, de verdadera maternidad, prorrumpió en sollozos, atrajo hacia su seno á la niña una y otra vez, la colmó de besos (los primeros en su vida) y el hielo de aquel alma indiferente y egoísta, se deshizo en un torrente de lágrimas, las primeras también que vertía por aquellas *impertinencias con babas* á las que tenía declarada guerra sin cuartel.

***

Y ahí tienen ustedes á mi tía Ramona, jadeante detrás de la chiquilla, que ya corretea por la huerta, hecha un diablillo de bucles rubios y ojos de color de cielo, mientras ella repite á cada paso:

— ¡Ay, si mi Ginés (q. e. p. d.) viviera, cuán felices seríamos!

J. DE ALCÁNTARA FUENTES

DEL NATURAL. — ACUARELA DE JULIÁN POZO.

EL CORONEL REVILLA

De caballería y lo que se llama todo un caballero de otros tiempos. Severo y ordenancista, eso sí; pero cumplidor de la ley, jamás tirano. El soldado, para él, era hombre, no máquina; lo sabía por propia experiencia.

Los generales del imperio salieron de la tropa, y Napoleón no hubiera sido nada sin ellos, — decía él. Y estaba en lo cierto; los héroes suelen ser los soldados, y luego, la gloria... como todas las cosas.

Ya tenía su lado ridículo y alguna cualidad no muy aceptable; pero las buenas eran tantas... Más que nada era hombre de corazón.

Se quedó huérfano á los pocos años. Huérfano y pobre ¿qué había de ser? Trató de ganarse la vida con el trabajo honrado, y claro, como de costumbre, le explotaron. Quiso ser algo útil; quiso aprender un oficio; no le enseñaron nada y... lo dejó. Un aprendiz no es un criado. En España, esto no se ha sabido distinguir jamás. Falto de recursos... salió de Herodes y entró en Pilatos. Fué dependiente de un comercio; barrió la tienda y trató con criadas. Al fin se hartó, y un día, el más feliz de su vida, sentó plaza. Acertó.

Pronto fué cabo, y como no tenía familia, se encariñó con el ejército. Esto sería allá en 1855. En la campaña de Africa, donde se portó heroicamente, sacó dos galones y dos balazos.

Al revés que muchos, no se contentó con la rutina; se dedicó á estudiar á ratos perdidos — á ratos ganados — y adquirió la mayor parte de los conocimientos que se exigen á los oficiales de colegio. No parecía de cuchara. Naturalmente, había sido criado en una casa donde, á falta de grandes recursos, porque el padre era un modesto empleado — un empleado de aquellos á la antigua, — había en cambio honradez y vergüenza, y su padre supo inculcarle las ideas de pundonor que durante la vida le sirvieron de norma.

O'Donnell le protegió dándole una comisión de honra y provecho. Cosa extraña; fué á consecuencia de una cuestión personal en que se encontró mezclado un ayudante del general, según se dijo entonces; una cuestión que tuvo cierto eco: había faldas de por medio. El flaco de Revilla eran las mujeres; pero á su modo, con rarezas.

Pudo haberse hecho político, progresista, conforme se llamaba en aquella época; pero el coronel, como buen militar, siempre fué enemigo de políticos. Cuando *la gloriosa* se batió con Novaliches, porque aunque liberal en el fondo, nunca quiso pronunciarse. Y fué uno de tantos sacrificios que se impuso, pues, como tantos otros, creyó que aquella revolución sería algo; mas el deber era lo primero. Vean ustedes, lo que son los escrúpulos.

Yo le conocí en Madrid unos cuantos años después de la Restauración, hacia 1880. Entonces ya era coronel, había hecho la campaña del Norte y servido al mando de Concha.

Siempre recuerdo el primer día que nos conocimos. Fuí á comer en casa de los de Santi-Petri — una antigua relación de familia; — este buen señor hizo una de sus visitas periódicas. Visita de confianza. Había sido compañero de armas del esposo, entonces brigadier, y su carácter franco abreviaba cumplidos ridículos.

Simpatizamos desde el primer momento; ¡qué sé yo! corrientes misteriosas que enlazan dos caracteres en el punto y hora que se tratan.

Luego era hombre que agradaba al primer golpe. Fuerte como un roble, alto de cuerpo, ancho de hombros y esbelto de cintura.

En un momento, hizo la apología del soltero, con una voz varonil, con una de esas voces que saben imponerse en los regimientos. Y su voz le realzaba, que no hay nada más risible que un jefe con voz chillona ó atiplada.

Hablaba de Concha con ardor bélico y entusiasmo juvenil. Concha no era *él*, sino *ella*, una medio novia con quien pudo haberse casado siendo capitán; pero como el hombre puso los ojos altos, lo dejaron de infantería en cuanto quiso tocar al santo. Esta fué una herida que nunca llegó á cicatrizar. Por entonces tuvo el célebre desafío con su rival.

— ¿Comprende usted, me comprende usted bien, Cipriano? — decía á la de Santi-Petri — la culpa no fué de élla sino de su madre, ¡perra!... que lo que es ella á mí sólo quería; ¡cuerno! que yo bien entiendo de mujeres.

Esas exclamaciones eran en él familiares y las soltaba en todas partes.

Durante algún tiempo, soñó al parecer en casarse con la viuda de Moya, una amiga de Cipriano; pero lo pensó y lo repensó...'y al fin se calló. Ya se sabe, pensando el matrimonio es imposible que ningún ser racional se case.

Gustábale la de Moya, sí; pero pasada ya la edad de las pasiones acabó por no sentir por ella más que un afecto sincero y á la buena de Dios. Esto sin contar con que el coronel era tímido para el trato social de mujeres de posición.

Y por qué ocultarlo; aquel héroe que al frente de su escuadrón habría sabido vencer el frío del alma que se experimenta ante el horrible espectáculo de esos metrallazos descomunales dados de pleno y por vanguardia: en que vuelan por los aires miembros humanos y vienen á tierra en espantosa confusión jinetes y caballos; aquel hombre todo corazón, enamorado de verdad una sola vez en su vida—por ridículo, por increíble que parezca, — no supo conquistar ni en sus mejores tiempos más que zañas maritornes.

Y, sin embargo, nunca pudo resistir que nadie supiera más que él en el trato femenino. ¿Por qué fatalidad los hombres que tienen algo grande— sea lo que sea,—pero que no les cabe en el cuerpo, el valor heroico, el genio creador, la abnegación sublime, el amor vehemente, suelen estar desprovistos de las aptitudes mujeriegas?

. . . . . .

¡Pobre Revilla! ¡Qué muerte tuvo! Aquel valiente, que muriendo en campaña, habría muerto con gloria, vino á morir de un balazo, obscuramente, y en un mal callejón.

Durante un invierno en que se encontraba delicado, pidió licencia para una de nuestras ciudades del mediodía. — ¿Qué ocurrió á poco?

Contábase lo siguiente: entró un campesino en casa de un armero que vivía en una calle estrecha, á que le arreglasen una escopeta.

—¿Está descargada?—preguntó el armero viendo que no tenía el pistón.

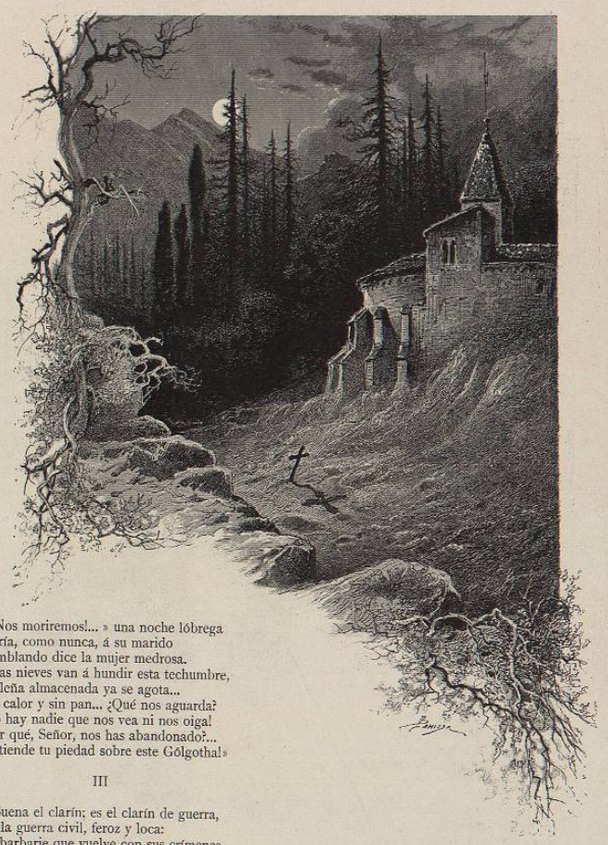
—Sí, señor;—respondió el campesino.

Puso aquél la escopeta en el banco y comenzó á destornillar la chimenea. En esto salió el tiro... y un transeunte, que tuvo la suerte de pasar en aquel momento, recibió la bala en el corazón quedando muerto en el acto. ¡¡¡Era Revilla!!!

F. CORREA

LA CUMBRE SANTA

POEMA



I

Soberbio mirador de Cataluña
Es la montaña al Pirineo próxima:
Tiene franjas de pinos y castaños,
Hondos fruncidos de tajantes rocas,
Y, en la *Cumbre*, vecina de los rayos,
Donde el águila audaz á veces posa,
Una pequeña casa de labranza
Con techo agudo y con paredes rojas.

El pedrisco, los rayos y las nieves,
Del edificio hicieron una choza
Donde viven dos seres, dos ancianos
Débiles, mustios cual caídas hojas
Que en vano resistir quieren al viento
Del infortunio, cuando airado sopla.

Su Heredero, murió; cabe la ermita
Del valle aquél, amortajado en sombras,
Está su cruz, oblicua, como mástil
Resistente, surgiendo de las olas.

Él fué el sostén de los enfermos padres;
Su brazo firme y voluntad indómita
Cubrieron de mesetas las vertientes,
La tierra estéril convirtiendo en pródiga;
Purgaron de reptiles y alimañas
Del pie del monte las tupidas frondas,
Y, por aves y brutos reemplazándoles,
Siempre amigos del hombre y su custodia,
Centuplicados rapidez y fuerza,
Instinto y vigilancia, tuvo su obra.

La fama del honrado y laborioso
Salvó distancias, ocupó memorias;
La *pubilla* (1) más rica y más garrida
Que á diez leguas existe á la redonda,
Sintió inflamarse el corazón de amores
Por el *heréu* cuya energía asombra,
Parco en hablar, en el trabajo pródigo,
De alma prudente, astuta, previsora,
Ante la cual estréllase el peligro
Y muestran los obstáculos su incógnita.

Casar debieron al llegar la Pascua;
Sególe al joven la Guadaña corva
Poco antes de que al tálamo subiera...
Siete meses el hoyo en que reposa
Está cubierto por la nieve helada...
— ¡En menos tiempo le olvidó su novia!

II

Minados por la negra pesadumbre,
Los Viejos, cuyas fuerzas ya eran pocas,
Inválidos parecen vacilantes:
¡Tienen por perspectiva la limosna!
Las azadas, las palas y los picos,
Casi resbalan en sus manos flojas;
Falto de riego languidece el huerto;
La vid y el trigo púdrense por sobra
De humedad. La nevada ó las escarchas
El útil pasto á los ganados roban;
Y, en el surco de ayer, no renovado,
Cardos y hortigas, larvas y babosas,
El imperio perdido recuperan
Creciendo en número ó salvaje pompa.
Disputa al hombre la hortaliza enferma
La gruesa hormiga, la voraz langosta;
Hambre tienen los perros y se mueren;
En las noches de invierno, y á altas horas,
Fosforecen los ojos de los lobos
Tras las rendijas de la puerta rota...
¿Qué le queda al almiar? Un palo escueto,
En cuya punta, agujereada una olla,
Ya no tendrá más pájaros cantores...
Para anunciar el alba no hay alondras,
Ni gallos, ni el alegre caramillo
Del pastor-niño, al conducir su tropa
En busca de alimento que se esconde
Bajo matas de helecho con aljófar!
Aquí hay llanto no más, mortal tristéza...

« ¡Nos moriremos!... » una noche lóbrega
Y fría, como nunca, á su marido
Temblando dice la mujer medrosa.
« Las nieves van á hundir esta techumbre,
La leña almacenada ya se agota...
Sin calor y sin pan... ¿Qué nos aguarda?
¡No hay nadie que nos vea ni nos oiga!
¿Por qué, Señor, nos has abandonado?...
¡Extiende tu piedad sobre este Gólgotha!»

III

Suena el clarín; es el clarín de guerra,
De la guerra civil, feroz y loca:
La barbarie que vuelve con sus crímenes,
Su sangre, sus incendios y sus cóleras,
Sus violaciones lúbricas y olientes,
Sus despojos vandálicos ó hipócritas.
Es que la Patria, dividida en bandos,
Que altos principios de justicia invocan,
Por sus hijos se ve despedazada...
¿Qué más hicieran extranjeras hordas?
Al sitio donde se hallan los Ancianos
No llega ni un rumor de la discordia...
¡Tan alto está y tan lejos de los hombres!

Empero, mientras una noche öran
Al Hacedor, su protección pidiéndole,
Entre gritos de mando y de congoja
Vibra la puerta herida por la aldaba.
Abren: ven, á la luz de las antorchas,
Acémilas y carros, y, sobre ellos,
Mal envueltos con manta ó tapabocas,
Número tal de heridos que consterna.
Quebrada la color, pardas las órbitas,
Afónica la voz, lacios los músculos,
Por manchas que á las vendas acartonan
Denotado el encono de la herida...
Respiraciones galopantes, roncas
Las más; la plegaria y la blasfemia;
La confesión pedida sin demora;
El grito de venganza para un día;
El llanto que á torrentes se desborda;
Un mundo de dolor, otro de miedo...
¡Los Viejos ese cuadro ven y tocan!
— ¿Qué queréis? — dice el hombre.
— Vuestra casa, —
Contesta un cabecilla de áurea borla,
— Será desde hoy nuestro *Hospital de sangre;*
Ningún daño con esto se os irroga;
Veréis, por el contrario, cómo crece
Este edificio y solidez recobra.
Decid si os place abandonar el puesto
O continuar en él, buenas personas;
Si lo primero, al punto os indemnizo,
Mas, si teneis, cual yo, misericordia
De los pobres heridos, secundadnos:
Junto á la cama del que gime ó llora
Es, todo anciano, sacerdote ó médico...
¡Mi rey paga con oro, Dios con gloria! —

IV

¡Sublime Caridad, hija del Cielo!
De los furores de la lucha hórrida
Merced á ti esta cima se ha librado;
En tu casa las fieras se transforman:
¡Cada labio de herida que se cierra
Abre, para el amor, los de la boca!
¡Facciosos y soldados son hermanos
Cuando el jergón comparten ó la pócima!
Dos *ángeles* les velan y les cuidan:
¡Son los Ancianos!... El Señor redobla,
En provecho del prójimo, sus fuerzas.
Doquiera están con prontitud pasmosa,
Y, su cuidado y curativo acierto,
Arrancan de los pechos una nota,
Un grito, una palabra agradecida:
La voz de *¡padres!* cada vez que asoman
Por las dolientes salas, llena el ámbito...
— ¡Paréceles, que su hijo, allí, les nombra!

Les sirve de consuelo el que prodigan;
Sus bellos actos Cataluña elogia,
Y son, las tristes gentes de otros días,
Rodeadas hoy de celestial aureola,
Dos santos para todos los partidos
Que en su casa-hospital besan y adoran.

V

Hace la guerra su bestial estrago:
Taladra pechos, músculos destroza,
Huesos quebranta, vela las retinas,
Llena la piel de máculas y escrófulas:

(1) En Cataluña equivale á *heredera*, la hija que, en ausencia de hermano varón *(heréu)*, todo lo hereda.

Sus ríos de miseria al monte suben
Atropellados por la incierta trocha,
Buscando curación... — Dios la concede
A los más, otros bajan á la fosa.

Pasa el tiempo, sucédense los años:
Todo tiene su término y se borra:
¡Hasta del hombre criminal la furia
Cuando impone con sables y con pólvora
La política idea que le obceca!
De tarde en tarde las partidas chocan;
Hay treguas, deserciones, componendas:
El profanado olivo que retoña
Tiene aurífero abono centelleante...
¡Nunca es cara la paz que vidas ahorra!

VI

Quedan pocos heridos en las salas
No hace mucho incapaces y pletóricas.
No sube nadie... Lentamente bajan
Los últimos al llano con el rosa
De la salud pintada en la mejilla...
. . . . . .
El sacerdote su *Te-Deum* entona;
Reanuda su labor el campesino;
El carro cruje, al peso que le agobia;
Los derribados postes del telégrafo,
A la voz del trabajo vigorosa
Se levantan del suelo como Lázaros,
Y por sus hilos hablan y razonan.
La chimenea se empenacha de humo;
Avanza la veloz locomotora;
No le cierran el paso los fanáticos:
El pueblo quítase en su honor la gorra.
¡Empieza el reino de la paz... — ¡Que sea
La página mejor de nuestra Historia!

VII

Queda en la casa un hombre misterioso;
Los bordados de plata que se enroscan
En la raída y sucia bocamanga,
Indican el empleo de que goza.
Es joven, pero lleva surcos hondos
En la pálida faz; ahora recobra
El perdido vigor su cuerpo enfermo.
Divaga su mirada sin aurora
En la noche terrible de la duda...
Leal á la causa que otros abandonan
Lanzóse á combatir, todo dejándolo,
Fortuna, porvenir, hijos, esposa:
A manos del incendio y del ultraje
Riquezas acabaron, vida y honra.
¡Está solo en el mundo! Ni siquiera
Guarda la fe de ayer... porque no ódia.
La realidad y el frío desengaño
Tienen para él una elocuencia sorda;
La soledad le invita y el trabajo
Arduo, pesado, que á los viejos postra:
¡Inútil para sí, le necesitan
Dos desdichados cuyas manos toscas
Curaron las heridas de su pecho!...
. . . . . .
. . . . . .
Con decisión ascética se arroja
Una tarde á sus plantas; les abraza,
Les besa; el llanto de sus ojos brota:
No queda en el sagrario de su alma
Secreto que los Viejos no conozcan.
Confiesa sus errores y pecados,
Sus inmensas desdichas y zozobras,
Con lealtad y fervor de penitente
En el lecho de muerte; porque toda
Su voluntad en perecer estriba
Para el mundo y su gente bulliciosa.
¡Del alma en el naufragio, deja el traje,
Y hasta el nombre y la luz de la memoria!
Será el *payés* (1) de barretina cárdena,
De burdo pantalón que espinas rozan;
Mojará su camisa remendada
Entre la nieve y la pesada atmósfera
Con sudor mitad sangre, mitad agua...
¡Lo merecen los padres que él adopta,
Las ovejas de Cristo amenazadas
por el hambre, la sed, el frío, solas!

VIII

No subáis á la *Cumbre* sin respeto;
El ermitaño de talares ropas,
De escuálida figura y luenga barba
Que jadeante en el bastón se apoya;
Ese que os da su pan, su agua, su lecho,
Llevó á morir, de su salud á costa,
Entre palmas y flores dos ancianos:
Las espinas tomó, dejó las rosas.
Es un alma gigante, que sacude
con la oración la carne pecadora,
para ganar el Cielo...
— Solo un paso
hay de la *Cumbre* á la celeste bóveda.

F. TOMAS Y ESTRUCH

(1) *Pagés*, en catalán: el labrador ó agricultor.

ANGEL CAIDO

Habíamos estado hablando en Fornos hasta la una de la madrugada, ocupándonos de una enferma que teníamos en la clínica de San Carlos, y que presentaba, á cada momento, fenómenos tan raros, que hasta nuestros mismos profesores estaban asombrados.

A la hora antedicha, se levantó la sesión, y cada uno de nosotros emprendió el camino de su casa.

La mía estaba en la calle del Pez.

Nunca me había retirado tan tarde, y apreté el paso; porque mi pobre madre no se habría acostado todavía: esperando, como de costumbre, mi regreso.

La noche era horriblemente fría.

Apenas si se veía por la calle más que alguno que otro trasnochador, como yo; y éstos, tapándose perfectamente y andando muy deprisa.

De pronto, y cuando iba á doblar la calle de la Puebla, para entrar en la del Pez, me pareció ver algo que se removía en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

Detuve el paso, me aproximé, y como el farol de la esquina arrojaba toda su luz sobre la puerta, pude ver que aquello que llamó mi atención era una criatura.

Criatura harapienta, mal envuelta en un retazo de pañuelo; que tenía apoyada la cabeza en la puerta de la iglesia, y tiritaba sobre la dura piedra.

No sé por qué, me olvidé del frío que yo sentía, pensando en el de aquella pequeñuela, cuyo rostro de ángel parecía dirigirse al cielo, formulando lastimera queja, por la inmensa soledad en que se encontraba en la tierra.

Y la chiquilla era preciosa.

Su revuelta y enmarañada cabellera, parecía formar nimbo angelical, en derredor de su cabeza.

Quizás al dormirse, llorando de frío y de hambre, una lágrima había quedado entre sus rubias pestañas; lágrima diáfana y transparente que, herida por la luz del farol de la esquina, se asemejaba á una perla, sostenida por dos hilos de oro.

— ¡Pobre criaturita! — me dije al verla. — ¡Quién sabe si mañana, tendrá que ser conducida, desde la puerta de esta iglesia, á la sala del hospital!

Y pasando á otro orden de ideas, añadí:

— ¡Es posible que haya padres que de tal modo abandonen á sus hijos!

Casi maquinalmente, toqué en el hombro á la mendiga, que se despertó sobresaltada, y que creyéndome, sin duda, un agente de policía, exclamó con su voz de ángel:

— Ya me marchaba al Asilo; pero estaba tan cansada... que me senté aquí y me quedé dormida.

— No, hija mía, — la dije, — no soy de la policía. Te he despertado, porque el frío puede hacerte daño.

— ¡Ca! no, señor. ¡Tantas noches duermo así!

— ¿Tienes padres?

— La tía Tomasa; quien me dice que la llame madre cuando vamos las dos á pedir limosna.

— ¿Y por qué no te has ido á tu casa, con esa mujer?

— Porque me pega y no me da de comer cuando no le llevo dos pesetas. Hoy he tenido mal día; no he recogido más que cinco perros grandes y seis chicos.

— ¿Quieres venirte conmigo? — la dije, profundamente conmovido.

— ¿Dónde, caballero? — preguntó la niña, sobresaltada y poniéndose en pie.

— A mi casa, hija mía; donde mi madre, que es una señora muy buena y muy cariñosa, te dará de cenar, y tendrás una camita blanda y caliente. La de mi pobre hermanita, muerta hace dos años, y que tendría tu edad poco más ó menos.

— Pero, y mañana, ¿podré ir á pedir limosna, para reunir las dos pesetas de la tía Tomasa?

— Sí, mujer, — repuse sonriendo; yo te daré lo que te falte.

— Pues vamos donde usted quiera.

Y la pequeña se arrebujó en su pedazo de pañuelo, echando á andar á mi lado, con esa confianza ciega de la niñez.

Mi madre acogió á la pobrecita con aquella bondad que era su nota característica.

El mismo cuartito que había ocupado mi pobre hermana, sirvió para albergar á la infantil mendiga.

La muerte había dejado vacía la jaula donde acababa de cobijarse la vida.

Merced á la piedad de mi madre, los harapos de la pobre muchacha se trocaron en vestidos humildes, pero limpios.

La hizo que se lavase perfectamente, y la transformación de la niña fué completa.

La angelical belleza de Consuelo, que así dijo llamarse la mendiga, se ostentaba entonces en toda su dulcísima esplendidez.

¿Quién era Consuelo?

Ella misma no lo sabía.

Lirio entre zarzas, cuando por primera vez entreabrió los labios, para sonreir, sintió la primera punzada del dolor.

Y la risa se trocó en llanto.

Fué creciendo, como crecen los hongos, con la humedad de la tierra. Ella creció con la humedad de las lágrimas.

Su historia, era la millonésima edición de esa historia universal, en que el hombre usurpa su papel á la serpiente del Paraíso, para perder á la mujer.

La madre de Consuelo fué una pobre menestrala, bella y sola.

La serpiente con levita y sombrero de copa, se cruzó en su camino.

Despertó su corazón dormido; creyó palabras falaces y promesas seductoras de placeres desconocidos, cayendo en el peor de los sueños; en el de la credulidad.

Cuando despertó, se volvió á ver sola y bella; pero la blanca azucena de la pureza se había transformado en la marchita rosa del deshonor.

Por eso, hemos dicho que nació Consuelo entre lágrimas, se nutrió con ellas, y como extraño contraste de la suerte, pudo sonreir cuando tantos suelen llorar.

Cuando murió su madre y la llevaron al hospicio, al verse entre tantas otras niñas tan desdichadas como ella, sonrió con sus juegos, y á su vez, jugó también; ella que al lado de su madre, no había visto más que llanto y amargura.

Dos años pasó en el hospicio. Al cabo de ellos, la sacó una pobre mujer, la Tomasa; necesitaba tener una criatura que le ayudase á explotar los buenos sentimientos de la multitud.

Del santo Asilo fué transportada Consuelo al arroyo.

La perla se hundió en el lodo; pero aun nutriéndose con él, fué aumentando su belleza.

También de barro se forman esas preciosas figuras que tanto admiramos en los grandes salones.

Como la materia es quebradiza, un criado imprudente ó una camarera curiosa, deja caer la preciosa figura... y la hace mil pedazos.

Del mismo modo, Consuelo, perla formada en el lodazal, estaba destinada, sin duda, á que la curiosidad ó la infamia empañasen la nitidez de su pureza.

Mi madre quiso que la niña viniese una vez á la semana á vernos, y al efecto, habló con Tomasa, á quien hizo algunas limosnas.

Por espacio de dos años, Consuelo, apenas dejó pasar los siete días, sin presentarse en casa.

Después, cesaron de repente sus visitas.

Trató de averiguar la causa mi madre, y supo que Tomasa y la niña se habían marchado de Madrid.

¿Dónde? Nadie supo decírselo.

¡Pregúntese al viento dónde lleva las hojas que recoge en su torbellino!

. . . . . .

Había yo terminado mi carrera, y tenía bastante clientela.

Estuve acertado en algunas enfermedades, y mi nombre se citaba con elogios que más demostraban la bondad de mis enfermos que mis propios merecimientos.

Mi madre había muerto hacía dos años, y en mi hogar existía un vacío difícil de llenar.

Cierta noche, me llamaron con urgencia, para visitar á una enferma.

Cumpliendo con mi deber, aun cuando la estación era muy fría y no me sentía del todo bien, fuí á la casa que se me indicaba.

Lindo hotel en el barrio de Argüelles; servidumbre reducida, pero discreta; landó y berlina en la cochera; tronco de tiro y caballo de silla en la cuadra; alfombra en la escalera y en los salones; esculturas, cristales preciosos y bibelots en los muebles; y sobre blando lecho, en habitación suavemente caldeada, una mujer joven, hermosa.

Tal fué lo que pude apreciar en el sitio á donde se me llamaba.

La tenue claridad de la lámpara que alumbraba la estancia, no me permitió ver al primer momento el semblante de la enferma.

Pedí luz, la aproximé al rostro de la paciente... y no pude por menos que lanzar una exclamación de asombro.

Aquel bosque de cabellos rubios, aquellos ojos azules de largas pestañas, aquella boca diminuta, me eran muy conocidos; los había visto años antes.

— ¡Consuelo! — exclamé, sin poderme contener.

La enferma se incorporó ligeramente; fijó en mí su mirada... y después se dejó caer sobre la almohada, escondido el rostro entre los encajes de la sábana, y murmurando:

— ¡Dios mío! ¡Usted!

La camarera que me había introducido en el aposento, se retiró discretamente.

No sé por qué, á pesar de la tibia atmósfera que reinaba allí, y del lujo que me rodeaba, sentí un frío extraordinario.

El mismo que me causó la vista de la pequeñuela, acurrucada en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

La Tomasa había adivinado en la crisálida, el partido que podía sacar de la mariposa.

Se la llevó de Madrid, para evitar que mi madre contrariase sus propósitos.

Se fué á Valencia, y allí pasaron algún tiempo.

Pero, sino pudo realizar la iniquidad proyectada, dejó sembrada la semilla que debía fructificar más tarde.

Murió, cuando Consuelo acababa de cumplir los quince años.

La pobre criatura que hasta entonces, aun en medio del barro, vivió sin mancharse, trató de continuar lo mismo.

Buscó trabajo, se puso á servir... mas, carecía de hábitos para ello; la existencia vagamunda que llevara, había echado raíces en su pecho; el lodo atrae al lodo, y con mayor razón, cuando existe un espejo que reproduce la belleza y unos labios aduladores que se encargan de ratificarla.

Consuelo necesitaba quien la hubiera sostenido; pero no encontró sino quien la empujara hacia el abismo.

Vió las rosas que se la ofrecían, y no se apercibió de las espinas, hasta que dejó enganchados en ellas los jirones del blanco cendal de su pureza.

La condujeron al lodazal, y no tuvo más remedio que revolcarse en el cieno.

¡Siempre la misma historia, desconsoladora, eterna!

El hombre tendiendo á la mujer la mano, para ayudarla á caer.

La serpiente del Paraíso, de lengua suave, que envenena y produce la muerte.

Consuelo tuvo un amante, y luego otro... y, en breve espacio, hizo gran carrera.

Cuando yo la asistí, era la íntima amiga de un banquero, el cual se la había quitado á un marqués... que ya no podía pagar los gastos que le ocasionaba.

— ¡Pobre Consuelo! — exclamé, al conocer su caída.

— ¿Y qué hago ahora? — me preguntó, con angustiado acento, cuando hubo terminado. — No sé nada, no puedo trabajar, no podría vivir; no me admitirían en ninguna casa honrada. ¿Dónde dirigirme?

No supe qué contestarla.

Conocía muchas manchas sociales como la suya; y precisamente las personas que las llevaban encima eran las primeras en escandalizarse de las ajenas.

Porque no hay nada más intransigente, para con el vicio forzoso, que el vicio voluntario, oculto bajo el manto de la hipocresía.

La indisposición de Consuelo, carecía de importancia, y desapareció pronto.

Ya no volví á verla.

Supe que había marchado á París, poco después, con un agregado á la embajada inglesa.

. . . . . .

Pasaron otros cinco ó seis años.

Alguna vez pensé en la pobre pequeñuela, tan cariñosamente acogida por mi madre; pero no pude averiguar su paradero.

Nunca dice el viento á dónde se lleva los átomos que recoge en sus caprichosos giros.

El hogar vacío por la muerte de mi madre, le llené con una mujer tan buena esposa como ella lo había sido, y tan cariñosa madre como ella lo fué para mí.

Tres años hacía ya que era yo médico del Hospital General.

Tenía á mi cargo la sala de tuberculosos.

Al girar un día la visita de la mañana, me dijo el practicante que la noche anterior habían llevado una pobre mujer, en el último grado de tisis.

Me acerqué á la cama que, por una extraña coincidencia, estaba frente á una de las ventanas de la sala.

El sol entraba por los cristales, y bañaba con sus rayos todo aquel espacio.

La enferma dormitaba.

Al verla, no pude reprimir una exclamación de profundo dolor.

— ¡Consuelo!—dije, como años antes, al encontrarla en el apogeo de su gloria.

Sin duda, como cuando la vi por vez primera en los albores de su vida, algún doloroso recuerdo debía amargar su pensamiento, al dormirse, porque entre sus pestañas oscilaba también una lágrima.

Y el rayo del sol, al quebrarse en ella, tan turbia la encontró, que apenas si la hizo brillar.

Despertando bruscamente, Consuelo me reconoció á su vez.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó con un acento que expresaba todo lo inmenso de su dolor. — ¡También usted, ahora!

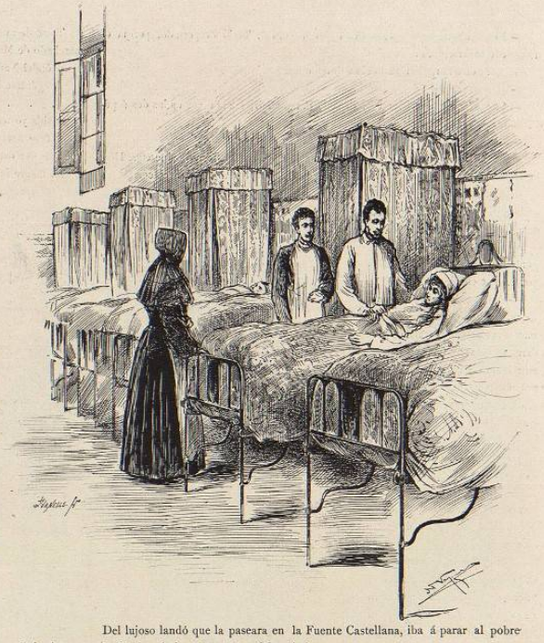
— ¡Pobre Consuelo! — dije.

Y traté de cumplir con mi deber.

Desgraciadamente, la ciencia nada podía hacer por ella.

Era una muerta que hablaba; pero nada más.

El barro iba á convertirse en ceniza.



Del lujoso landó que la paseara en la Fuente Castellana, iba á parar al pobre coche fúnebre de los muertos en el hospital.

. . . . . .

—¡Pobre Consuelo!

Tropecé con ella en las tres épocas solemnes de su vida.

En la aurora, en el cénit y en el ocaso.

Angel, la conocí; la vi, mujer, sobre el pedestal del vicio; y cadáver yerto, la acompañé al cementerio.

RAFAEL DEL CASTILLO

MOSAICO

No porque en realidad acuse pretensión alguna por parte de su autor, sino como nota típica y atendiendo á lo mucho que se ha generalizado en los balnearios y demás centros veraniegos, regalamos hoy á nuestros suscriptores la música para piano del popular baile *La Patatús;* compuesta por Emilio Sabaté Parellada, ilustrada por el distinguido pintor Félix Mestres y dedicada á doña Agustina Jaumandreu, esposa de nuestro buen amigo y compañero, el conocido fabricante don Antonio Rosich, concejal en la actualidad del municipio barcelonés.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

EN PAZ Y EN GUERRA. — *Poesías de Francisco Gras y Elías.* — La circunstancia de contarse el autor entre nuestros particulares amigos y colaboradores, hace que omitamos todo juicio sobre su última colección de versos, limitándonos á acusar recibo de un ejemplar. El público juzgará de su mérito; como también de la pulcritud y gusto conque se trabaja en la tipografía de don Fidel Giró, de lo que ya han podido convencerse los lectores de ALBUM SALÓN.

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA. *Consejos útiles para su conservación; por el médico-cirujano-especialista José Boniquet.* — Es una obra de suma utilidad, y que revela la mucha inteligencia y práctica de dicho señor.

Forma un manuable y bonito tomo, con profusión de grabados y esmeradamente impreso en la tipografía de Tobella, Costa y Piñol, « La Publicidad ». Véndese en las principales librerías y en el domicilio del autor, Pelayo, 54, pral.

El joven compositor don P. Astort, ha tenido la galantería de remitirnos tres composiciones para canto y piano, con palabras italianas. *Abbandono* se titula la primera de dichas melodías, siendo las restantes *Cançóne ignota* y *Tu sei lontana.*

Las tres obras poseen elegancia, inspiración y estilo, cualidades que recomiendan mucho á su autor; y están editadas por don Rafael Guardia, de esta ciudad.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN GOLOR; de Román Ribera.

¡En ridículo! Caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Mercedes Rigalt.* Retrato, y artículo de Agustín Salvans.

Noticias frescas. Cuadro de M. Villegas.

¡Sálvese el que pueda! Cuadro de A. Más y Fontdevila.

¡Extasis! Cuadro de Clapés.

PÁGINAS EN NEGRO: *Recuerdos de la Manigua.* Artículo de Alejandro Saint-Aubin, ilustrado por su autor.

La procesión del lugar. Cuento, por Luis Vega - Rey.

La Risa. Artículo de Antonio S. Briceño.

Notas artísticas. Dibujo de Ricardo Urgell.

Las turcas. Impresiones de viaje; por José Ramón Mélida.

Don Eusebio Güell y Bacigalupi. Retrato, vistas fotográficas de su casa-palacio en Barcelona, y apuntes para su biografía, por Salvador Carrera.

El linaje. Cuento de Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Coll.

Madrid elegante. Crónica; por Montecristo.

Retrato del Mtro. Salvador Giner. (Valencia).

MOSAICO.

REGALO. Romanza de la ópera *Sagunto,* del Mtro. Salvador Giner; letra de Luis Cebrián.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

MERCEDES DE RIGALT

APARTE del encanto y prestigio que lleva en sí toda mujer joven, distinguida y bella, la que motiva estas líneas y honra con su retrato esta página, posee otro atractivo superior al de la generalidad; un privilegio que á la naturaleza plugo concederle, para que fuera un conjunto de humanas perfecciones: el privilegio del talento.

Merced á ese dón natural que ella supo aprovechar, consagrándose desde la niñez y con singular constancia, al estudio del solfeo y el piano, figura hoy, cuando apenas ha entrado en la primavera de la vida, entre las personalidades más salientes del mundo artístico.

Nacida en esta ciudad, aquí dió los primeros pasos en la senda de flores que actualmente recorre; pero, su verdadera educación musical recibióla en París. Preparada convenientemente por la entendida profesora Mme. Donne, obtuvo en el primer concurso á que se presentó, la única plaza concedida á los extranjeros en aquel Conservatorio, á pesar de ser extraordinario el número de concurrentes. De tan señalado triunfo data la larga serie de los que han hecho célebre su nombre.

El notable profesor, Mr. Fissot, fué el encargado de pulir, en el citado Conservatorio, las relevantes cualidades de la precoz pianista, quien de tal suerte aprovechó las lecciones del maestro, que no tardó en conquistar el *Gran Premio de Honor;* lauro justamente debido á su aplicación y mérito.

Desde entonces, la señorita de Rigalt, ha tomado parte en los principales conciertos verificados en la capital de Francia, donde la quieren *cual si fuese suya,* disputándosela en las más aristocráticas *soirées,* y siendo solicitada su cooperación para todo acto benéfico, sin negarse nunca; pues así como en su corazón rebosa el sentimiento, al ejecutar la triste melodía de Chopín, por ejemplo, así también su alma de artista es compasiva y generosa, cuando se trata de remediar un infortunio.

Por cierto, que pudo ser víctima de su filantropía, en la terrible catástrofe del *Bazar de la Caridad,* que, con espanto y dolor recordamos todavía. Allí estaba Mercedes, entre las más distinguidas damas parisienses, con su *corbeille* de flores, vendiéndolas á precios elevadísimos, para contribuir con su producto al socorro de los desgraciados y menesterosos. ¡Dios no quiso que el Arte perdiese tan valiosa joya, y sacóla incólume de aquella devoradora hoguera!

Para reconocer la alta consideración y estima en que la tienen nuestros vecinos, basta consignar que el gobierno francés, acaba de conferirla *las Palmas académicas,* nombrándola *Officier d'académie;* distinción que no suele prodigar; pues la concede sólo á méritos muy sobresalientes.

Fot. Napoleón.

Aunque nadie es profeta en su patria, Mercedes de Rigalt, cuenta en esta ciudad con entusiastas admiradores. Cuantos tuvieron la fortuna de oirla en los conciertos del *Teatro Lírico,* saben lo mucho que vale y lo pregonan sin reticencias. Porque únicamente oyéndola puede hacérsele justicia.

Su juego en el piano es perfecto; ora delicado y suave, ora enérgico y brillante, conforme requieren los diversos pasajes de las composiciones que ejecuta. En el género afiligranado *(perlé),* está sublime; venciendo con una maestría é inteligencia prodigiosos, las mayores dificultades, y recordándonos á cada momento el gracioso mecanismo de Ritter. Desde el fogoso Liszt, hasta el melancólico Chopín, lo propio que los autores clásicos, interprétalos á todos, con profundo conocimiento y apropiado carácter, en su respectiva escuela.

También el público madrileño tuvo ocasión de tributarle extraordinarias ovaciones, en los conciertos del Príncipe Alfonso, donde dejó afianzada su reputación ya indiscutible de concertista de primera fuerza.

Y decimos indiscutible, no por nuestro único y modesto criterio, sino sumando los diversos juicios, todos altamente laudatorios, conque lo ha robustecido la prensa de las antes citadas capitales; cuya unanimidad constituye el mejor diploma que puede apetecer quien consagra al Arte sus alientos, y en él cifra las esperanzas de un próspero y dichoso porvenir.

Aquellos de nuestros apreciables lectores que hayan presenciado alguno de los ruidosos triunfos de nuestra insigne compatriota, ó saboreado, con sentido embeleso, los torrentes de harmonía que sus delicadas manos arrancan al blanco teclado, verán en estos ligeros apuntes un justísimo tributo, ajeno á toda pasión, y unirán sus aplausos á los nuestros, espontáneos y leales.

Barcelona puede enorgullecerse de contar entre sus predilectos hijos, á una Mercedes de Rigalt, que tanto la adorna como mujer y enaltece como artista.

A. SALVANS

RECUERDOS DE LA MANIGUA

LAS JORNADAS

Podrá discutirse, al recordar la tristísima campaña de Cuba, si era ésta ó aquella la política más apropiada para vencer la rebelión; si de continuar en el mando aquel ó el otro general, habrían conseguido nuestras armas exterminar la insurrección.

No faltará quien censure, con más ó menos acierto y justicia, la campaña llevada á cabo por algunos jefes; y también habrá quien defienda con éxito ó sin fortuna la administración militar.

Como en todas las cosas, nunca está la censura lejos del elogio, y donde muchos lloran no falta quien ría.

Para todos los gustos encontrarán argumento los futuros polemistas que escojan, como tema de sus discusiones, la historia tristísima de la actual rebelión cubana. Toda pasión podrá quedar satisfecha, la del crítico acerbo y uraño, como la del patriota incondicionalmente entusiasta.

Sólo una excepción aparece, que nadie discutirá; el humilde soldado.

Libre de toda censura, muy por encima de todo elogio, vuelve indiscutible de tan penosa guerra.

Cuanto se ha escrito y dicho para ensalzar las virtudes que le ennoblecen, no llega á dar remota idea de su heroísmo, docilidad y prodigiosa resistencia.

No creemos existan palabras que puedan hacer fielmente su elogio, ni describir las penalidades, privaciones y rudísimos trabajos que ha soportado durante tan dilatada lucha.

Constantemente amenazado por un enemigo que rara vez pelea frente á frente, es víctima á cada instante de traidoras emboscadas y cobardes macheteos; y tiene en contra, además del adversario que le combate con balas explosivas y pozos ocultos por el espeso ramaje de los maniguales, aprovechando toda clase de asechanzas y malas artes de la guerra, el vómito, que los mambises han bautizado con el pomposo nombre de *gran patriota cubano*, el paludismo, el tifus, la viruela, la disentería y el pasmo, amén de otras enfermedades que, á los pocos días de operaciones, dejan en cuadro un batallón; viéndose en muchos casos que de un núcleo de mil hombres quedan tan sólo setenta combatientes útiles, sin que pueda atribuirse una sola de las bajas, al hierro de los manigüeros.

No son aquellas marchas, bajo un sol de plomo, las jornadas que en la península y en Africa llevaban á los soldados al lugar del combate, entre alegres canciones y bulliciosa algazara.

Un desfile silencioso y triste, que más parece de espectros que de soldados en condiciones de luchar; arrastrándose penosamente bajo el peso del equipo, el armamento y las raciones; mirando recelosos á cada lado del trillo seguido, en espera de la traidora descarga, que, al amparo del espeso manigual vecino, ha de hacer, á mansalva, dolorosas bajas en la menguada columna.

Los pies devorados por las niguas; el rostro y las manos por mosquitos, de cuyo aguijoneo y voracidad sólo puede darse cuenta el que ha servido de blanco á su acerado y venenoso aguijón. Acompañados por el vuelo de las *auras tiñosas*, que tienden sus negras alas y sanguínea cabeza, preparando en el insaciable buche, la tumba viva para el infeliz herido que los combatientes no pueden recoger, ó el cadáver que, por los rigores de una lucha implacable, que ni las sombras de la noche hacen cesar, queda abandonado; sin encontrar el reposo eterno en una fosa de aquella tierra, donde, de haber puesto losas y cruces para perpetuar el recuerdo de los hijos de España allí perecidos, no habría lugar para los campos de caña ni las vegas de tabaco.

No regulan los movimientos de la columna en marcha, los vibrantes sonidos de las cornetas; con un silbato se transmiten las órdenes, para que la poca intensidad del sonido no ponga sobre aviso al enemigo.

Las sinuosidades del terreno y la espesura de la maleza obligan con frecuencia á marchar en fila de uno; haciendo imposibles los tranquilizadores flanqueos: en esos instantes, corre toda columna gravísimo peligro, y aumenta la preocupación, oyéndose sólo la voz de los jefes que gritan: *no perder el contacto;* mandato obedecido ciegamente, pues el separarse de la fuerza equivale á despedirse de la compañía de los vivos.

Gente armada á vanguardia, corra la voz; suelen ser las únicas palabras que levantan el espíritu y hacen desaparecer la fatiga, tomándose como momento de descanso, el de luchar con el enemigo.

El valiente general Segura ha recurrido alguna vez á una ingeniosa estratagema para conseguir que sus heroicos batallones de Mérida, Zamora, y el famoso escuadrón de Camajuaní, sacasen fuerzas de flaqueza. Sus ayudantes ,Terrer é Ibáñez Marín, volvían de inspeccionar la marcha de la columna.

—No llegamos general, nos faltan cinco kilómetros y esta gente está rendida. — Un kilómetro representa con frecuencia la jornada de un día.

—¿Qué hacemos?...

—No queda otro remedio que llegar, — contestó el jefe.

Después de reflexionar un momento, les dijo:—que tiren unos tiros á vanguardia; los muchachos creerán que ya tenemos en frente á esos morenos... y veréis el resultado.

La orden fué ejecutada; oyéronse varias descargas y las voces de combate *¡adelante chicos! ¡arriba Camajuaní! ¡barijo!* Una hora después, estaba la fuerza en el sitio designado, *chapeando* el monte en un delicioso campamento, y celebrando los que estaban en el secreto, el magnífico resultado del originalísimo recurso ideado por Segura.

Cuando la obscuridad de la noche sorprende, tras el brevísimo crepúsculo tropical, á una columna en marcha, las dificultades aumentan de tal modo, que el avanzar unos centenares de pasos representa labor de titanes.

Agobiados bajo el peso del *macuto* y de las armas, ruedan en peligrosas caídas.

—¿Qué ocurre? – preguntaba el general Bernal, viendo que un grupo de soldados detenía la marcha de la columna en el tortuoso sendero que conduce á la *Cuchilla del Caimito*.

—Un jinete que ha caído en este pozo, — le contestaron.

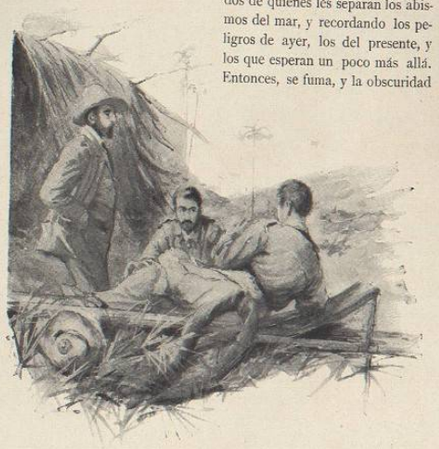
—No dejarme aquí, por Dios;—se oía gritar, en el fondo de aquel siniestro agujero.

—Traer cuerdas y encender un fósforo... ocultando el reflejo cuanto sea posible; no sirva de blanco la luz á los *vecinos*, y nos cueste diez bajas el salvar á este infeliz.

Poco después, continuaba la interrumpida marcha, con un herido más en la impedimenta y un caballo menos en los escuadrones; desfilando todos tristes y penosamente, en el lúgubre silencio de la noche, sólo interrumpido por las alarmantes llamadas del misterioso pajarillo *Xiju*.

Cuando, en los desfiles nocturnos, la proximidad del enemigo no exige rigurosísima precaución, y cuando no se hacen recomendaciones tan terminantes y precisas como las de *¡pegar un tiro al que encienda un cigarro!*, suele oirse algún comentario, pero rara vez un chiste, y nunca una canción.

Envueltos en la transparente manta, para defenderse del copioso rocío que cala hasta los huesos, caminan, pensando quizá en los seres queridos de quienes les separan los abismos del mar, y recordando los peligros de ayer, los del presente, y los que esperan un poco más allá. Entonces, se fuma, y la obscuridad

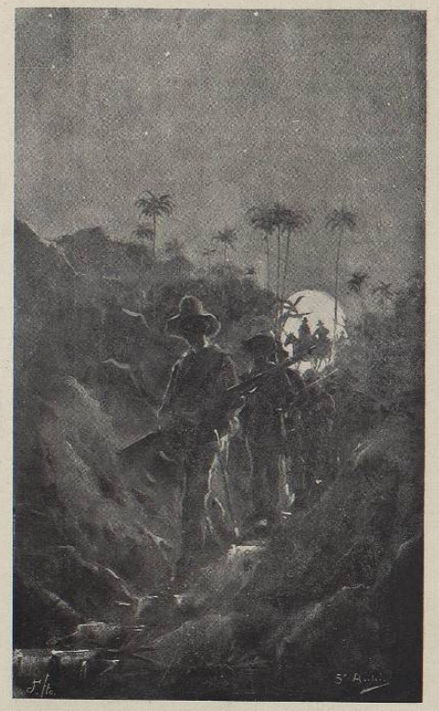


permite que el soldado diga al jefe: *¡tú, dame lumbre, puño!* En esta forma, se dirigió al general Bernal un guerrillero. Toma, — contestó éste bondadosamente, y alargándole el riquísimo tabaco *de fumá*.

El contacto del veguero le hizo fijarse, y al descubrir que hablaba con tal familiaridad al jefe de la expedición, picó espuelas, diciendo con espanto —¡el general! — Devuélveme el puro, gritaba éste riéndose. — Vuelvo, — decía el soldado, mientras se alejaba con la velocidad que le permitían su caballo y las sombras de la noche.

En las marchas, después de un combate, el transporte de heridos resulta enorme complicación.

Muy distantes, generalmente, del lugar de la lucha los poblados donde pueden dejarse con seguridad los infelices á quienes alcanzó el hierro ó el plomo enemigos, se tropieza, al transportar el convoy, con dificultades y obstáculos casi insuperables; debilitándose la fuerza de la columna de modo desproporcionado. Doscientos soldados que en un encuentro tienen diez heridos graves, pierden ochenta combatientes, con los hombres, y el relevo necesarios, destinados, en terreno quebrado, al servicio de las camillas.



Todos los oficiales, para jornadas largas, llevan caballos; pero se puede asegurar que no son quienes más los utilizan: nunca falta en la compañía un soldado enfermo, al que ceden generosamente la cabalgadura,... y caminan jefes y oficiales á pie, abriéndose paso entre la áspera maleza ó la yerba *guinea;* cuya altura excede de la de un hombre á caballo, cubriendo tupidamente las sabanas, de tal modo, que muchas veces es peligroso atravesarlas, pues suele costar la vida á hombres, reses y caballos, que perecen asfixiados.

Espectáculo corriente es ver que un soldado carga con el equipo del compañero fatigado ó víctima de la fiebre; sosteniéndole cariñosamente. Sólo por llevar uno las mochilas y los fusiles de los dos, puede generalmente averiguarse cual es el enfermo; el aspecto en todos es igual: ninguno deja de inspirar compasión.

Un guajiro montado en su *yegüito*, conduce centenares de reses; que le siguen sugestionadas por su voz, de originalísimo canto, sin que una sola huya y se extravíe.

Para llevar los nuestros un pequeño convoy de ganado, forman el cuadro, encerrando las reses en el centro; suena un disparo, y los animales espantados, rompen el cerco, llegando á su destino, casi siempre, la mitad del número que había en el momento de la partida, y después de haber aumentado, con su loca dispersión, el número de bajas entre los soldados.

Todos sufren: para ninguno dejan de ser tremendas las fatigas, y hostil cuanto le rodea; pero en quien parecen redoblarse las torturas y acumularse las penalidades, es en el infeliz acemilero, cuando las operaciones se desarrollan entre las asperezas de las lomas y la sierra.

Luchando con el propio cansancio y el de la miserable bestia confiada á su dirección y custodia, aliviando con el esfuerzo de sus hombros el peso que la hace rodar, despeñarse ó tropezar á cada momento, descomponiendo su abrumadora carga, cada paso es un problema y un juramento.

La caída de un mulo detiene con frecuencia la marcha de la columna.

Detenerse, en no pocas ocasiones, es servir de blanco, pasivamente, á incesantes disparos, como ocurre con frecuencia en los pasos difíciles y... precisamente en estos caen las acémilas, haciendo desaparecer en el agua ó rodar por los *dientes de perro* que pavimentan el piso, las municiones, los víveres y el material sanitario. En estos casos, ya es sabido, la culpa... al acemilero; como también suele aplicársele si el mulo muere de sed ó fatiga, ó si un balazo en una pata no le permite andar, bajo la pirámide de sacos, cajas, paquetes y fusiles, que las necesidades de la expedición obligan á cargar sobre su dolorido y ensangrentado lomo.

No es que con el acemilero sean injustos los superiores,... sino consecuencia natural de aquella guerra, del mal humor constante en todos, y de la excitación nerviosa producida por aquel sol que abrasa y pesa como plomo derretido; por la sed, por el hambre, la fiebre y los sufrimientos que no cesan ni dejan punto de reposo á nuestros jefes, oficiales y soldados.

Pueden formar idea nuestros lectores de los *encantos* que tiene el cargo, cuando, en las gargantas del *Cuzco*, uno de los acemileros exclamaba desesperadamente, teniendo que renunciar á que el mulo se levantara, después de caer, para aliviarse del peso de la carga y de la vida, entregado por las horribles fatigas de la jornada, y desangrado por un furioso machetazo: . . . . . .

Aixina naixcas atra volta y sigas acemiler.

***

Engolfado en el relato, traspasaría, sin querer, los límites del espacio que se me había concedido, incurriendo quizá en la nota de molesto. Cabe decir tanto sobre el particular,... que he de reservarlo para otra ocasión; sintiendo mucho que el *modernismo* en literatura no autorice aún á llamar, en narraciones de esta índole, cada cosa por su nombre.

Tal atraso, me priva de hacer la relación de algunas cosas interesantes, por el vigoroso color del asunto y el poco aprecio que tienen los soldados á *las formas parlamentarias*.

Seguramente, llevaría con frecuencia (al contar algunos episodios) sonidos ásperos y nada dulces, al oído del lector atildado.

¡Si pudiera escribirse *sólo para hombres!*

Pero en fin... si, en otros artículejos, mis recuerdos van por ese camino, veremos si puedo deslizar alguno, y contar lo que buenamente permitan flamantes prohibiciones é inmaculados oídos.

SAINT AUBIN

ILUSTRADO POR SU MISMO AUTOR

A BARCELONA

SONETO

Tenaz, robusta, heroica, independiente,
en la terrible Edad de las peleas,
¡ oh insigne Barcelona !, te paseas,
llena de gloria, desde Ocaso á Oriente.
Formas tu escudo con la sangre hirviente
de los Monarcas que en tu bien empleas,
y sabias leyes y franquicias creas,
cuando la augusta Paz besa tu frente.
Muerta la Edad de Hierro, no hay hazaña
que engrandezca á la tierra estremecida,
si en roja sangre sus laureles baña.
Por eso tú, con mano encallecida,
muestras, que en el trabajo, puede España
borrar sus culpas y ensanchar su vida.

JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN

Cádiz, 23 de Julio de 1898.

M. VILLEGAS

NOTICIAS FRESCAS

Propiedad de don Juan Bonfill.

La procesión del lugar

Pasando yo cierto día
por la aldea del *Horcajo*,
una procesión devota
vino á interrumpirme el paso,
y á contemplarla detúveme
como bueno y fiel cristiano,
el orden y compostura
conque marchaba admirando.
Sobre unas antiguas andas,
cuatro vecinos honrados
llevaban un crucifijo
de muy regular tamaño.
A los discordantes ecos
de un tamboril destemplado
y de una chillona gaita,
iban delante bailando
unos seres, muy difícil
para mí clasificarlos,
aunque, al parecer, tenían
algo de seres humanos.
Por las borrascosas barbas,
diríase que eran machos,
y hembras, por el aparejo
ridículo, estrafalario;
porque llevaban jubones
de estameña, colorados
pañuelos en las cabezas,
y enaguas de percal blanco.
La procesión presidía
el buen alcalde pedáneo;
y aunque era un día de Agosto
con calor de á treinta grados,
la autoridad iba envuelta
en capa de burdo paño,
capaz de hacer que sudasen
los hielos del Polo Artico;
porque esa prenda, en los pueblos
y en todo solemne acto,
es el traje de etiqueta,
como el frac en los palacios.
La comitiva avanzaba
sin estorbo y sin obstáculo,
cuando quiso de repente
la pata meter el diablo.
Por una estrecha calleja
venía de arar del campo
un mocetón, con su yunta,
en una mula montado.
Este tal, era el gallito
del lugar, mozo mimado
por sus relevantes prendas
y por sus talentos varios;
pues lo mismo manejaba
el azadón que el arado,
y en la iglesia los domingos
actuaba de monago,
y ayudaba al sacristán
dándole fuelle al *órgano*,
y entonaba las antífonas,
los kiries, el credo y salmos,
y tocaba la vihuela
en las bodas y saraos,
y cantaba seguidillas
y jotas, como un canario,
y tenía de poeta
sus barruntos y resabios,
y de su testuz sacaba
cantares como *cantáros*.
Al verle el alcalde, dijo:
— Ahí viene Cristo, Santiago;
revuelve bien tu chirúmen,
y á ver si le dices algo.
Descubrióse la cabeza
con devoción el muchacho,
y dirigiéndose al Cristo
soltó el siguiente disparo:
— Soberano Gran Señor,
en los cielos el más alto,
que nacistes junto á un *buey*
y te llevan entre cuatro...
No dijo más el poeta,
pues seguir no le dejaron
los que en sus hombros llevaban
al Señor Crucificado;
quienes, dejando en el suelo
el divino simulacro,
sobre el pobre repentista
como tigres se lanzaron,
y con las fuertes horquillas
que tenían en las manos
para sostener las andas,
le arrimaron tantos palos,
que si no aguija las mulas
y sale de allí trotando,
de seguro no le queda
en el cuerpo un hueso sano.
Este suceso demuestra
los riesgos y los estragos
á que puede dar lugar
mal entendido un vocablo.

LUIS VEGA-REY

A. MAS Y FONTDEVILA

¡SALVESE EL QUE PUEDA!